

La gente se congregaba sobre el saliente de piedra caliza, mirándolos con recelo. Nadie hizo un solo gesto de bienvenida, y algunos tenían las lanzas empuñadas y a punto, por no decir en actitud abiertamente amenazadora. La joven casi palpaba el tenso temor de todos ellos. Mientras los observaba desde el sendero, otras personas acudían a asomarse al saliente, muchas más de las que ella esperaba. Ya había visto esa reticencia a acogerlos en otras gentes que habían conocido a lo largo del Viaje. «No es cosa sólo de ellos –se dijo la joven–; al principio pasa lo mismo con todo el mundo.» Pero estaba intranquila.

El hombre alto saltó de lomos del joven corcel, y aunque él no sentía reticencia ni intranquilidad, vaciló un instante, manteniendo sujeto el cabestro del caballo. Se volvió y advirtió que ella se quedaba atrás.

–Ayla, ¿puedes coger la cuerda de Corredor? Lo noto nervioso –dijo. Levantando la vista en dirección al saliente, añadió–: También ellos parecen nerviosos, supongo.

Ella asintió con la cabeza, alzó una pierna, se deslizó del lomo de la yegua y agarró la cuerda. Además de la tensión de ver a desconocidos, el joven caballo de pelaje castaño experimentaba todavía cierta agitación cerca de su madre. La yegua ya no estaba en celo, pero la envolvían aún los olores de su encuentro con el semental de la manada. Ayla sujetó en corto el cabestro del macho castaño y, por el contrario, dio cuerda de sobra a la yegua de color pardo amarillento, situándose entre ambos. Pensó en dejar suelta a Whinney; su yegua estaba ya más habituada a los grupos numerosos de desconocidos y, por lo general, era poco excitable, pero en ese momento también parecía nerviosa. Aquella muchedumbre pondría nervioso a cualquiera. Cuando apareció el lobo, Ayla oyó murmullos de inquietud y alarma en el saliente que se extendía frente a la caverna... si podía llamarse a aquello «caverna». Ella nunca había visto ninguna parecida. Lobo se apretó contra el lado de su pierna y avanzó un poco hasta colocarse frente a ella en actitud recelosamente defensiva. Ayla percibía la vibración de su gruñido casi inaudible. Lobo se mostraba mucho más cauteloso en presencia de desconocidos ahora que un año atrás cuando iniciaron el largo Viaje, pero por entonces era poco más que un cachorro, y tras algunas experiencias peligrosas se había vuelto más protector para con ella. En su ascenso por la cuesta hacia aquella gente suspicaz, el hombre no revelaba el menor miedo, pero la mujer agradeció la oportunidad de esperar algo alejada y observar antes de tener que conocerlos. Ayla llevaba más de un año aguardando aquel momento con expectación y pánico, y las primeras impresiones eran importantes... para ambas partes.

Si bien los demás permanecieron donde estaban, una joven corrió sendero abajo hacia él. Jondalar reconoció de inmediato a su hermana menor, pese a que en sus cinco años de ausencia la preciosa niña había crecido hasta convertirse en una hermosa muchacha.

–¡Jondalar! ¡Sabía que eras tú! –exclamó ella abalanzándose hacia él–. ¡Por fin has vuelto a casa!

Jondalar la estrechó con fuerza entre sus brazos y luego, en su entusiasmo, la levantó del suelo y dio vueltas con ella en volandas.

–¡Folara, cuánto me alegro de verte! –tras dejarla en tierra, la contempló a distancia–. ¡Vaya si has crecido! Eras sólo una niña cuando me fui, y ahora eres una mujer hermosa...tan hermosa como yo imaginaba que serías –declaró con un brillo en los ojos no precisamente fraternal.

Ella sonrió, miró aquellos ojos de un azul increíblemente intenso, y se sintió atraída por su magnetismo. Se ruborizó, y no por el cumplido de Jondalar –aunque eso pensaron los circunstantes–, sino por la súbita atracción que le había despertado aquel hombre, hermano o no, a quien no veía desde hacía muchos años. Había oído anécdotas acerca de aquel apuesto hermano mayor de ojos poco comunes, capaz de cautivar a cualquier mujer; pero ella recordaba únicamente a un alto compañero de diversiones que la adoraba y se prestaba a participar en cualquier juego o actividad que ella le propusiera. Ésa era la primera vez en que, como mujer joven, se hallaba expuesta al pleno efecto del inconsciente carisma de su hermano. Jondalar percibió la reacción de Folara y sonrió afectuosamente ante su encantador desconcierto.

Ella lanzó una ojeada hacia el pie del sendero, donde discurría junto al riachuelo.

–¿Quién es esa mujer, Jondé? –preguntó–. ¿Y de dónde han salido esos animales? Los animales huyen de las personas. ¿Por qué esos animales no huyen de ella? ¿Es una Zelandoni? ¿Los ha llamado? –de pronto frunció el entrecejo–. ¿Dónde está Thonolan?

Folara respiró hondo al ver la expresión de dolor que tensaba la frente de Jondalar.

–Thonolan viaja ahora por el otro mundo, Folara –respondió él–. Y yo no estaría aquí a no ser por esa mujer.

–¡Oh, Jondé! ¿Qué ha ocurrido?

–Es una larga historia, y éste no es momento para contarla –dijo Jondalar, pero no pudo reprimir una sonrisa al oírse llamar Jondé; era el apelativo personal de su hermana para dirigirse a él–. Nadie me había llamado Jondé desde que me marché. Ahora sé que he vuelto a casa. ¿Cómo están todos? ¿Se encuentra bien nuestra madre? ¿Y Willamar?

–Los dos están bien. Madre nos dio un susto hace un par de años. Pero Zelandoni aplicó su magia especial, y parece que ahora madre goza de buena salud. Ven a verlo con tus propios ojos –propuso Folara cogiéndolo de la mano y tirando de él cuesta arriba. Jondalar se volvió y con señas indicó a Ayla que no tardaría en regresar.

No le gustaba la idea de dejarla allí sola con los animales, pero tenía que ver a su madre, ver con sus propios ojos que estaba bien. Ese «susto» le preocupaba, y tenía que hablar con la gente acerca de los animales. Ayla y él habían llegado a comprender la extrañeza y el temor que producía en la mayoría de las personas el hecho de que los animales no huyeran de ellos. La gente conocía a los animales. Los cazaban todas las personas con quienes se habían cruzado a lo largo de su Viaje, y muchas honraban o rendían homenaje a los animales o a sus espíritus de un modo u otro. Los animales habían sido objeto de atenta observación desde tiempos inmemoriales. La gente conocía sus comidas y hábitats preferidos, sus pautas migratorias y desplazamientos estacionales, sus épocas de celo y alumbramiento. Pero nadie había intentado tocar de un modo amistoso a un animal que estuviera aún vivo y respirando. Nadie había intentado atar una cuerda en torno a la cabeza de un animal y llevarlo a rastras de un lado a otro. Nadie había intentado domar a un animal, ni imaginado siquiera que esto fuera posible. Por más que a aquella gente le complaciera ver a un pariente regresar de un largo Viaje –sobre todo tratándose de un pariente que pocos esperaban volver a ver–, los animales domados eran un fenómeno tan desconocido que su primera reacción fue el miedo. Resultaba algo tan extraño, tan inexplicable, tan ajeno a su experiencia e inasequible a su imaginación que no podía ser natural. Tenía que ser antinatural, sobrenatural. Sólo una cosa impedía a muchos de ellos echarse a correr para esconderse o intentar matar a los temibles animales: el hecho de que Jondalar, a quien conocían, hubiera llegado con ellos y en ese momento subiera con su hermana por el sendero desde el Río del Bosque, presentando un aspecto absolutamente normal bajo la intensa luz del sol. Folara había demostrado cierto valor al precipitarse cuesta abajo tal como había hecho, pero era joven y tenía la temeridad propia de los jóvenes. Además, estaba tan contenta de ver a su hermano, para ella siempre el predilecto, que no había podido esperar. Jondalar nunca le causaría el menor daño, y a él no le asustaban aquellos animales. Ayla observaba desde el pie del sendero mientras la gente se acercaba a él y le daba la bienvenida con sonrisas, abrazos, besos, palmadas, apretones de manos y muchas palabras. Se fijó en una mujer muy gruesa, en un hombre a quien Jondalar abrazó y en otra mujer de mayor edad a quien saludó afectuosamente y mantuvo rodeada con el brazo. Probablemente su madre, concluyó Ayla, preguntándose qué opinaría la mujer de ella. Ésa era la gente con la que Jondalar había crecido: su familia, sus parientes, sus amigos. Ella, en cambio, era una desconocida, una desconocida inquietante que llegaba acompañada de animales y conocía a saber qué amenazadoras costumbres foráneas e ideas intolerables. ¿La aceptarían? ¿Y si no era así? Ayla no podía volver al lado de los suyos, que vivían a más de un año de viaje hacia el este. Jondalar había prometido que se iría con Ayla si ella quería marcharse –o se veía obligada a ello–; pero eso lo había dicho antes de verlos a todos, antes de recibir una acogida tan calurosa. ¿Seguiría pensando lo mismo? Notó un ligero golpe en la espalda y echó atrás el brazo para acariciar el fuerte cuello de Whinney, agradeciendo que su amiga le recordara que no estaba sola. Cuando vivía en el valle, después de abandonar el Clan, aquella yegua había sido durante mucho tiempo su única compañía. Ayla no había notado que el cabestro de Whinney perdía tensión en su mano al acercarse el animal, pero dio un poco más de cuerda a Corredor. Normalmente la yegua y su hijo se proporcionaban amistad y consuelo mutuos, pero el celo de la madre había alterado la habitual relación entre ambos. Aumentaba el número de gente –¿cómo podían ser tantos?– que miraba en dirección a Ayla. Jondalar hablaba fervorosamente con un hombre de pelo castaño. De pronto hizo una seña a Ayla y sonrió. Cuando volvió a encaminarse cuesta abajo, lo seguían la joven, el hombre de pelo castaño y unos cuantos más. Ayla respiró hondo y aguardó. A medida que se aproximaban, el gruñido del lobo subía de volumen. Ayla alargó la mano hacia el animal para mantenerlo junto a ella.

–Calma, Lobo. Son los parientes de Jondalar –dijo.

Aquel tranquilizador contacto era una señal para que dejara de gruñir, demostrarse amenazador. Había sido difícil lograr que aprendiera esa señal, pero el esfuerzo había merecido la pena, y ese momento en especial era buena prueba de ello, pensó. Lamentó no conocer también alguna clase de contacto para serenarla a ella. El grupo que acompañaba a Jondalar se detuvo a cierta distancia, procurando disimular su temor y no posar la mirada en los animales, que los miraban a ellos fijamente y permanecían en el sitio pese a la cercanía de desconocidos. Jondalar salvó la situación.

–Creo que deberíamos empezar por las presentaciones formales, Joharran –sugirió volviéndose hacia el hombre de pelo castaño.

Cuando Ayla soltó los cabestros preparándose para la presentación formal, que exigía el contacto con ambas manos, los caballos retrocedieron, pero el lobo se quedó a su lado. Ella advirtió un asomo de miedo en los ojos del hombre –aunque tuvo la impresión de que pocas cosas lo intimidaban– y lanzó una fugaz mirada a Jondalar, preguntándose si tenía alguna razón para desear que las presentaciones formales se realizaran de inmediato. Observó con atención al hombre y de pronto le recordó a Brun, el jefe del clan con el que se había criado, un hombre poderoso, inteligente, orgulloso, capaz, sin miedo a prácticamente nada..., excepto al mundo de los espíritus.

–Ayla, te presento a Joharran, el jefe de la Novena Caverna de los Zelandonii, hijo de Marthona, ex jefa de la Novena Caverna, nacida en el Hogar de Joconan, ex jefe de la Novena Caverna –dijo el hombre alto y rubio con seriedad. Sonriendo añadió–: Y por si fuera poco, hermano de Jondalar, viajero por tierras lejanas.

El comentario provocó sonrisas y alivió en cierta medida la tensión. Para presentarse formalmente, una persona podía, en rigor, enumerar su lista completa de nombres y lazos de parentesco a fin de dar validez a su estatus –todos sus títulos, designaciones y logros, y todos sus ancestros y parientes, junto con los títulos y logros de éstos–, y algunos así lo hacían. Pero por costumbre, salvo en las ocasiones más solemnes, bastaba con mencionar los principales. Sin embargo, no era infrecuente entre los jóvenes, especialmente entre hermanos, acabar el largo y a veces tedioso recitado del parentesco con un colofón jocoso, y Jondalar estaba recordándole a Joharran los tiempos pasados, cuando aún no cargaba con las responsabilidades del liderazgo.

–Joharran, ésta es Ayla de los Mamutoi, miembro del Campamento del León, hija del Hogar de los Mamuts, elegida por el espíritu del León Cavernario y protegida por el Oso Cavernario.

El hombre de pelo castaño recorrió la distancia que lo separaba de la joven y le tendió las dos manos, con las palmas hacia arriba, en el gesto protocolario de bienvenida y amistad sin reservas. No había identificado ninguno de sus lazos y no estaba, pues, muy seguro de cuáles eran los más importantes.

–En el nombre de Doni, la Gran Madre Tierra, te doy la bienvenida, Ayla de los Mamutoi, hija del Hogar de los Mamuts –dijo.

Ayla le cogió las dos manos.

–En el nombre de Mut, la Gran Madre de Todos, yo te saludo, Joharran, jefe de la Novena Caverna de los Zelandonii –en este punto sonrió– y hermano del viajero Jondalar.

Joharran notó, en primer lugar, que Ayla hablaba bien su lengua, pero con un acento poco corriente, y luego tomó conciencia de su extraña vestimenta y su aspecto foráneo; pero cuando Ayla le sonrió, él le devolvió la sonrisa, en parte porque ella había demostrado comprender el comentario de Jondalar y dejado claro a Joharran que su hermano era importante para ella, pero sobre todo porque no pudo resistirse a su sonrisa. Ayla era una mujer atractiva para cualquier hombre: alta, de cuerpo firme y bien formado, cabello largo y trigueño con tendencia a ondularse, claros ojos de un gris azulado y rasgos delicados, aunque algo distintos a los de las mujeres Zelandonii. Cuando sonreía daba la impresión de que el sol hubiera proyectado sobre ella un rayo especial que iluminaba desde dentro cada una de sus facciones. Parecía irradiar tan deslumbrante belleza que Joharran contuvo la respiración. Jondalar siempre había dicho que Ayla tenía una sonrisa excepcional, y al ver que su hermano no era inmune a ella, él mismo sonrió con expresión burlona. A continuación Joharran advirtió que el corcel se acercaba a Jondalar con nerviosos brincos y echó una ojeada al lobo.

–Me ha dicho Jondalar que es necesario preparar algún tipo de... esto... alojamiento para los animales... En algún lugar cercano, supongo –«no muy cercano», pensó.

–Los caballos sólo necesitan un campo con hierba y agua que no esté muy lejos –explicó Ayla–. Pero conviene avisar a la gente de que al principio nadie debe aproximarse a menos que Jondalar o yo estemos con ellos.

–No creo que eso represente un problema –dijo Joharran, advirtiendo el movimiento de la cola de Whinney, y mirando a Ayla añadió–: Pueden quedarse aquí si este pequeño valle es apropiado.

–Aquí estarán bien –afirmó Jondalar–. Pero los llevaremos río arriba, a cierta distancia.

–Lobo acostumbra dormir a mi lado –continuó Ayla reparando en que Joharran fruncía el entrecejo–. Ha adoptado conmigo una actitud muy protectora, y podría causar un alboroto si no le permitimos quedarse cerca.

Ayla notó el parecido entre Joharran y Jondalar, sobre todo en la frente tensa a causa de la preocupación, y deseó sonreír. Pero el hombre estaba sinceramente alarmado. No era momento para sonrisas, pese a que la expresión de Joharran produjera a Ayla una sensación de cálida familiaridad. También Jondalar había percibido la preocupación de su hermano.

–Probablemente éste sea un buen momento para hacer las presentaciones entre Joharran y Lobo –propuso.

Su hermano abrió los ojos desmesuradamente en un gesto de pánico, pero Ayla, sin darle tiempo a protestar, le cogió la mano y se agachó junto al carnívoro. Rodeó con el brazo el cuello del enorme lobo para aplacar un incipiente gruñido, segura de que Lobo olía el miedo del hombre, ya que incluso ella lo olía.

–Primero déjale oler tu mano –dijo Ayla–. Ésa es la presentación formal para Lobo.

A partir de experiencias anteriores, el lobo había aprendido que para Ayla era importante que él aceptara en su manada de humanos a aquellas personas que ella le presentaba de ese modo. Le disgustaba el olor del miedo, pero olfateaba al hombre para familiarizarse con él.

–¿Has acariciado alguna vez el pelaje de un lobo vivo, Joharran? –preguntó Ayla alzando la vista para mirarlo–. Notarás que es un poco áspero –acompañó la mano de Joharran por el enmarañado pelo del cuello del animal–. Aún está pelechando, y como le pica, le encanta que le rasquen detrás de las orejas –prosiguió mientras le mostraba cómo hacerlo.

Joharran palpó el pelaje; le llamó la atención su cálido contacto. De repente adquirió plena conciencia de que aquél era un lobo vivo, y al parecer no le importaba que lo tocaran. Ayla observó que Joharran ya no tenía la mano tan agarrotada, y que hasta intentaba friccionar donde ella le había indicado.

–Déjale oler otra vez tu mano. Joharran acercó la mano al hocico de Lobo y luego miró sorprendido a Ayla.

–¡Este lobo me ha lamido! –exclamó sin saber si eso era un primer paso hacia algo mejor... o peor. Vio entonces que Lobo lamía el rostro de Ayla, y ella parecía muy complacida.

–Sí, Lobo, te has portado bien –dijo Ayla, sonriente, a la vez que le acariciaba y alborotaba el pelo.

A continuación se levantó y se dio unas palmadas en la parte anterior de los hombros. El lobo, de un salto, se irguió sobre las patas traseras, apoyó las manos donde Ayla le había señalado y le lamió el cuello mientras ella le exponía la garganta. Luego, con un vibrante gruñido, pero también con gran delicadeza, tomó en su boca la barbilla y la mandíbula de Ayla. Jondalar advirtió las exclamaciones de estupefacción de Joharran y los demás, y cayó en la cuenta de lo aterrador que debía parecer esa habitual demostración de afecto lobuno a quienes no sabían interpretarla como tal. Su hermano lo miró con una mezcla de miedo y asombro.

–¿Qué le hace el lobo?

–¿Estás seguro de que no hay peligro? –preguntó Folará casi al mismo tiempo, incapaz ya de quedarse quieta. Los demás se movían también, indecisos y nerviosos. Jondalar sonrió.

–Sí, Ayla está perfectamente. Lobo la adora; jamás le haría daño. Así manifiestan los lobos su afecto. A mí me llevó un tiempo acostumbrarme. Tanto Ayla como yo conocemos a Lobo desde que era un cachorrillo revoltoso.

–¡Eso ya no es un cachorro! ¡Es un lobo enorme! Es el lobo más grande que he visto en mi vida –declaró Joharran–. Podría desgarrarle la garganta.

–Sí. Podría hacerlo. Yo mismo he visto cómo desgarraba la garganta a una mujer..., una mujer que pretendía matar a Ayla –dijo Jondalar–. Lobo la protege.

Los Zelandonii que observaban la escena exhalaban un suspiro colectivo de alivio cuando el lobo bajó las patas y se colocó junto a Ayla con la boca abierta y la lengua colgando a un

lado, enseñando los dientes. Lobo presentaba la expresión que Jondalar consideraba su sonrisa lobuna, como si se sintiera satisfecho de sí mismo.

–¿Siempre hace eso? –preguntó Folara–. ¿A... todo el mundo?

–No –respondió Jondalar–. Sólo a Ayla, y a veces a mí si está especialmente contento, y sólo si se lo permitimos. Se porta bien. No hará daño a nadie... a menos que Ayla sea amenazada.

–¿Tampoco a los niños? –dijo Folara–. A menudo los lobos van tras los más débiles y pequeños.

La preocupación se dibujó en los rostros de los circunstantes al mencionarse a los niños.

–Lobo adora a los niños –se apresuró a aclarar Ayla–, y actúa con ellos de una manera muy protectora, sobre todo con los más pequeños y débiles. Se crió con los niños del Campamento del León.

–Había allí un niño muy débil y enfermizo, miembro del Hogar del León –añadió Jondalar–. Tendríais que haberlos visto jugar juntos. Lobo lo trataba siempre con mucho cuidado.

–Es un animal muy poco corriente –comentó otro hombre–. Cuesta creer que un lobo se comporte de un modo tan... poco lobuno.

–Tienes razón, Solaban –convino Jondalar–. Su comportamiento parece muy poco lobuno a la gente, pero si fuéramos lobos no pensaríamos lo mismo. Se crió entre humanos, y dice Ayla que considera a los humanos su manada. Los trata como si fueran lobos.

–¿Caza? –quiso saber el hombre a quien Jondalar había llamado Solaban.

–Sí –contestó Ayla–. A veces caza solo, para él, y a veces nos ayuda a cazar a nosotros.

–¿Cómo sabe qué debe cazar y qué no? –preguntó Folara–. ¿Por qué, por ejemplo, no ataca a esos caballos?

Ayla sonrió.

–Los caballos también forman parte de su manada. Como ves, no le tienen miedo. Lobo nunca caza personas. Por lo demás, puede cazar a cualquier animal, a menos que yo se lo prohíba.

–Y si tú se lo prohíbes, ¿te obedece? –preguntó otro hombre.

–Así es, Rushemar –afirmó Jondalar.

El hombre movió la cabeza en un gesto de asombro. Resultaba difícil creer que alguien pudiera ejercer tal control sobre un poderoso animal cazador.

–¿Y bien, Joharran? –dijo Jondalar–. ¿Te parece suficientemente seguro que dejemos subir a Ayla y Lobo?

Tras reflexionar por un momento, Joharran asintió.

–Pero si hay algún problema...

–No lo habrá, Joharran –aseveró Jondalar. Se volvió hacia Ayla y explicó–: Mi madre nos ha invitado a quedarnos en su vivienda. Folara aún vive con ella, pero tiene su propia habitación, al igual que Marthona y Willamar. Él ha salido en misión comercial. Mi madre nos ha ofrecido el espacio central de la vivienda. Naturalmente, si lo prefieres, podemos alojarnos con Zelandoni en el hogar de los visitantes.

–Aceptaré encantada la hospitalidad de tu madre, Jondalar –dijo Ayla.

–¡Estupendo! Mi madre ha sugerido también que dejemos las presentaciones más formales para cuando nos hayamos acomodado. Creo que no tiene sentido estar repitiendo lo mismo a cada persona cuando podemos presentarnos ante todos al mismo tiempo.

–Estamos ya planeando un festejo de bienvenida para esta noche –anunció Folara–. Y probablemente organizaremos otro más adelante, para las Cavernas vecinas.

–Agradezco la consideración de tu madre, Jondalar. Será más fácil conocer a todo el mundo a la vez, pero podrías presentarme ahora a esta joven –dijo Ayla.

Folara sonrió.

–Claro, ésa era mi intención –respondió Jondalar–. Ayla, ésta es mi hermana Folara, bendecida por Doni, de la Novena Caverna de los Zelandonii; hija de Marthona, ex jefa de la Novena Caverna; nacida en el hogar de Willamar, viajero y maestro de comercio; hermana de Joharran, jefe de la Novena Caverna; hermana de Jondalar...

–A ti ya te conoce, Jondalar, y yo ya he oído sus nombres y lazos de parentesco –atajó Folara, cansada de formalidades, y tendió las manos a Ayla–. En nombre de Doni, la Gran Madre Tierra, te doy la bienvenida, Ayla de los Mamutoi, amiga de caballos y lobos.

La muchedumbre congregada en el soleado porche de piedra retrocedió rápidamente en cuanto vio encaminarse sendero arriba a la mujer y el lobo, junto con Jondalar y la pequeña comitiva. Luego uno o dos avanzaron un paso mientras los otros, desde atrás, se estiraban para ver algo. Cuando llegaron al saliente de piedra, apareció ante los ojos de Ayla el

espacio de vivienda de la Novena Caverna de los Zelandonii. La vista la sorprendió. Si bien sabía que en la denominación del hogar de Jondalar la palabra «caverna» no hacía referencia a un lugar sino al grupo de personas que allí habitaban, la formación que veía no era una caverna, o al menos no lo era tal como ella la concebía. Para Ayla una caverna era una cámara oscura o una serie de cámaras en el interior de una pared rocosa, en un precipicio o bajo tierra, con una abertura al exterior. En cambio, el espacio de vivienda de aquella gente era la superficie situada bajo una enorme cornisa que sobresalía del precipicio de piedra caliza, un refugio, que protegía de la lluvia o la nieve, pero que quedaba abierto a la luz del día. Los altos precipicios de la región fueron en otro tiempo el lecho de un antiguo mar. A medida que los crustáceos que vivían en ese mar se desprendían de sus caparazones, éstos fueron amontonándose en el fondo y, finalmente, se convirtieron en carbonato de calcio, piedra caliza. En ciertos períodos, por diversas razones, parte de los caparazones depositados formaba gruesas capas de piedra caliza de mayor dureza. Cuando la tierra se desplazó y el lecho marino quedó al descubierto se convirtió por fin en precipicios. La acción del viento y el agua erosionó con mayor facilidad la piedra relativamente más blanda, abriendo profundos espacios y dejando en medio salientes de roca más dura. Aunque los precipicios estaban también llenos de cavernas en el sentido convencional –lo cual era característico de la piedra caliza–, estas inusitadas formaciones semejantes a repisas constituían refugios de piedra que resultaban excepcionalmente adecuados como viviendas y habían sido utilizados como tales durante muchos miles de años. Jondalar guió a Ayla hacia la mujer de mayor edad que ella había visto desde el pie del sendero. Era una mujer alta y esperaba pacientemente con porte majestuoso. Tenía el cabello más gris que castaño claro y lo llevaba recogido en una larga trenza enrollada detrás de la cabeza. Sus ojos claros, de mirada franca y estimativa, eran también grises. Una vez ante ella, Jondalar inició la presentación formal.

–Ayla, ésta es Marthona, ex jefa de la Novena Caverna de los Zelandonii; hija de Jemara; nacida en el hogar de Rabanar; unida a Willamar, maestro de comercio de la Novena Caverna; madre de Joharran, jefe de la Novena Caverna; madre de Folara, bendecida de Doni; madre de... –se disponía a nombrar a Thonolan, pero vaciló por un instante y luego se apresuró a sustituir el nombre de su hermano por el suyo propio– Jondalar, viajero retornado –se volvió entonces hacia su madre–. Marthona, ésta es Ayla, del Campamento del León de los Mamutoi, hija del Hogar de los Mamuts, elegida por el espíritu del León Cavernario, protegida por el espíritu del Oso Cavernario.

Marthona tendió las manos.

–En nombre de Doni, la Gran Madre Tierra, te doy la bienvenida, Ayla de los Mamutoi.

–En nombre de Mut, Gran Madre de Todos, yo te saludo, Marthona

de la Novena Caverna de los Zelandonii y madre de Jondalar –dijo Ayla mientras se estrechaban las manos.

Escuchando a Ayla, Marthona sintió extrañeza por su peculiar pronunciación, notó lo bien que hablaba a pesar de ello, y pensó que se trataba bien de un defecto del habla sin importancia, bien del acento de una lengua totalmente ajena hablada en algún lugar muy lejano. Sonrió.

–Ayla, has recorrido un largo camino y dejado atrás todo aquello que conocías y amabas. A no ser por eso dudo que ahora tuviera a Jondalar de regreso. Te doy las gracias por ello. Espero que pronto te sientas aquí como en tu propia casa, y haré cuanto esté en mis manos por ayudarte.

Ayla supo que la madre de Jondalar hablaba con sinceridad. Su naturalidad y franqueza eran auténticas; se alegraba del regreso de su hijo. Ayla sintió alivio y gratitud por la acogida de Marthona.

–Estaba impaciente por conocerte desde la primera vez que Jondalar me habló de ti..., pero tenía también un poco de miedo –contestó con igual franqueza y naturalidad.

–Lo comprendo. También a mí, en tu lugar, me habría resultado muy difícil. Ven, te enseñaré dónde puedes dejar tus cosas. Debes de estar agotada, y querrás descansar antes de la celebración de bienvenida de esta noche –dijo Marthona guiándola a ella y a Jondalar hacia el espacio cubierto bajo el saliente de roca.

De pronto, Lobo empezó a lanzar débiles aullidos, unos gañidos semejantes a los de un cachorro, y adoptó una juguetona postura, con las patas delanteras extendidas ante él y las ancas y el rabo en alto. Jondalar se sobresaltó.

–¿Qué hace?

Ayla, también un tanto sorprendida, miró a Lobo. El animal repitió los gestos, y una sonrisa se dibujó súbitamente en los labios de Ayla.

–Me parece que intenta atraer la atención de Marthona –explicó–. Cree que no se ha fijado en él y quiere ser presentado.

–Y también yo deseo conocerlo –aseguró Marthona.

–¡No le tienes miedo! –exclamó Ayla–. ¡Y él lo sabe!

–He estado observando y no he visto nada que temer –dijo ella extendiendo la mano hacia el lobo.

El animal le olfateó la mano, se la lamió y volvió a aullar.

–Creo que Lobo quiere que lo toques –indicó Ayla–. Le encanta recibir atenciones de las personas que le caen bien.

–Te gusta esto, ¿eh? –dijo la mujer mientras lo acariciaba–. ¿Lobo? ¿Es así cómo lo llamas?

–Sí. Es sencillamente la palabra «lobo» en lengua mamutoi –aclaró Ayla–. Parecía el nombre idóneo para él.

–Nunca lo había visto coger cariño a alguien tan deprisa –comentó Jondalar mirando a su madre con profundo respeto.

–Ni yo –confirmó Aylamientras miraba a Marthona junto al lobo–. Quizá se alegra de conocer a alguien que no le tiene miedo.

Cuando se adentraron en la sombra proyectada por el saliente de piedra, Ayla notó un inmediato descenso de la temperatura. Por un instante la recorrió un escalofrío de miedo, y alzó la vista para mirar la enorme repisa de piedra que sobresalía de la pared del precipicio, preguntándose si podía desplomarse. Pero cuando sus ojos se acostumbraron a la falta de claridad, quedó atónita, y no sólo por la formación física del hogar de Jondalar. Bajo el refugio de roca había un amplísimo espacio, mucho mayor de lo que Ayla había imaginado. En el camino, a orillas de aquel río, había visto salientes parecidos en los precipicios, algunos, sin duda, habitados, pero ninguno de tales dimensiones. En la región todos conocían aquel inmenso refugio de roca y el gran número de personas que albergaba. La Novena Caverna era la mayor de todas las comunidades agrupadas bajo el nombre de Zelandonii. En el extremo este del espacio protegido, junto a la pared del fondo y aisladas en el medio, se alzaban estructuras independientes, muchas de tamaño considerable, construidas en parte de piedra y en parte de armazones demadera cubiertos de pieles. Las pieles estaban decoradas con hermosas representaciones de animales y diversos símbolos abstractos pintados en negro y vivos tonos de rojo, amarillo y marrón. Las estructuras estaban orientadas hacia el oeste y dispuestas en curva en torno a un espacio abierto próximo al centro de la superficie cubierta por el saliente rocoso, y dicho espacio se hallaba lleno de objetos y personas en desorden. Cuando Ayla observó con mayor detenimiento, lo que inicialmente se le había antojado un revoltijo de cosas diversas empezó a cobrar forma y pudo distinguir áreas dedicadas a distintas tareas que estaban agrupadas según la afinidad de estas últimas. Al principio resultaba confuso sólo por la gran cantidad de actividades que allí se desarrollaban. Ayla vio pieles a medio curtir colocadas en bastidores y largas astas de lanza –al parecer, en proceso de enderezamiento– apoyadas en un travesaño sostenido por dos postes. En otra parte había amontonadas cestas en diferentes fases de elaboración, así como correas puestas a secar, atirantadas entre pares de estacas de hueso. Largas madejas de cuerda pendían de estaquillas clavadas en montantes, y debajo de éstas había redes inacabadas extendidas sobre armazones. En el suelo vio rebujos de malla poco tupida. Las pieles, algunas teñidas de varios colores incluidos distintos tonos de rojo, estaban cortadas en piezas y cerca colgaban prendas de vestir parcialmente confeccionadas. Reconoció casi todas aquellas artesanías, pero cerca de la ropa había una actividad por completo desconocida para ella. Un armazón sostenía verticalmente numerosas hebras de cordel fino y empezaba a adivinarse un dibujo formado por las hebras tejidas horizontalmente. Deseó acercarse para examinarlo de cerca y se prometió hacerlo más tarde. En otras partes se veían trozos de madera, piedra, hueso, cuerno y marfil de mamut, tallados en forma de utensilios –cazos, cucharas, cuencos, pinzas, armas–, y en su mayoría con adornos labrados o, en algunos casos, pintados. Había asimismo pequeñas esculturas y tallas que no eran utensilios ni herramientas. Parecían hechas por elmero placer de hacerlas o con alguna finalidad que Ayla desconocía. Vio verduras y hierbas colgadas a considerable altura de grandes armazones con muchos travesaños y, más cerca del suelo, carne secándose sobre rejillas. A cierta distancia del resto de las actividades había un área con afiladas esquiras de piedra esparcidas, sin duda para

personas como Jondalar, pensó Ayla, talladores de pedernal que hacían herramientas, cuchillos y puntas de lanza. Y allí donde miraba veía gente. La comunidad que vivía en el amplio refugio de roca era de proporciones comparables a aquel gran espacio. Ayla había crecido en un clan de menos de treinta personas; en la Reunión del Clan, que se celebraba cada siete años, se congregaban doscientas personas durante un breve período de tiempo, una nutrida concurrencia para ella por aquel entonces. Si bien la Asamblea Estival de los Mamutoi atraía a mucha más gente, la Novena Caverna de los Zelandonii por sí sola –con más de doscientos individuos que vivían todos juntos en aquel único espacio– superaba en número a la Reunión del Clan al completo. Ayla ignoraba cuántas personas había alrededor observándolos, pero la situación le recordó el momento en que se presentó con el clan de Brun ante aquella congregación de clanes y notó todas las miradas puestas en ella. En esa ocasión la gente había procurado ser discreta, pero esta vez quienes miraban atentamente a Jondalar, Ayla y el lobo mientras Marthona los conducía hacia su vivienda, ni siquiera trataban de disimular por cortesía. No bajaban la vista ni desviaban la mirada. Ayla se preguntó si algún día se acostumbraría a vivir con tanta gente cerca a todas horas; y si esto lo deseaba.